

ción editorial de Eduardo Galeano y la secretaria de redacción de Julia Constenla. Una nota sobre el cuentista Manuel Rojas, un anticipo de *Abad-dón, el exterminador* de Ernesto Sábato, una pequeña (pero fuertemente simbólica de la época) encuesta de opinión sobre *El libro de Manuel* de Julio Cortázar, tres cuentos del brasileño João Guimarães Rosa, un fragmento de la novela *General general* del paraguayo Lincoln Silva, un ensayo de David Viñas sobre el teatro nacional, textos de Henry Miller, un reportaje a Ricardo Molinari acompañado de una selección de poemas, una carta de Pablo Neruda, extractos de las definiciones políticas de Juan Domingo Perón recogidas por los cineastas Fernando Solanas y Octavio Gettino para un film documental, la investigación de Heriberto Muraro «La manija, ¿quiénes son los dueños de los medios de comunicación en América Latina?», un análisis-ensayo de Jorge Romero Brest sobre la crisis del museo, una historieta de tinte intelectual de Kalondi, un par de páginas de misceláneas y resurrecciones, un poema inédito de Lenin, una gran cantidad de reproducciones fotográficas (muchas de ellas inéditas) y los emblemáticos retratos de Hermenegildo Sábato.

Este material constituía el sumario de la primera entrega. Así quedaban planteadas las que serían las líneas vectoras de la revista durante sus cuarenta números, hasta mediados de 1976: la mirada sobre Latinoamérica, tratando de rescatar a escritores y artistas por lo general dejados de lado en las antologías tradicionales, a los que se sumaban los consagrados del *boom*, más los reportajes y notas panorámicas sobre las novísimas generaciones; reflexiones sobre los diferentes géneros literarios y las demás artes (especialmente la plástica); sesudas indagaciones sobre los medios de comunicación de masas como formas de imposición ideológica y control social, etc. El sesgo explícitamente político, que en ese primer número aparece atenuado, irá cobrando cada vez más fuerza, sobre todo mediante informes de las diferentes experiencias de gobiernos populares y revoluciones —el Perú de Velasco Alvarado, Chile, Portugal, Grecia, etc.— y mediante una forma diferente de hacer política que *Crisis* hará suya: tomar directamente la palabra de obreros, desocupados, estudiantes, campesinos, marginados, borrando por un minuto el hiato de la intermediación aunque sólo se tratara de una ilusión efímera (una ilusión populista, apuntarían algunos de sus críticos).

Los cuatro años y los cuarenta números de *Crisis* fueron determinando algunos cambios. A la permanencia de Vogelius y Galeano, se sumaron las presencias de Vicente Zito Lema como director editorial y Aníbal Ford como jefe de redacción. Este es el *staff* del último número de la primera época de la revista, de agosto de 1976. El mensuario permaneció en la calle durante los primeros meses de la dictadura, pero las presiones de censura

y un mínimo criterio de seguridad de sus editores y colaboradores hicieron que hacia mediados de año la revista cerrara. En uno de sus últimos números, *Crisis* reseñaba la visita que una serie de escritores, entre ellos Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato y Leonardo Castellani, realizaran al «presidente» Jorge Rafael Videla. El padre Castellani la había hecho para interesarse por la suerte de Haroldo Conti, uno de los escritores desaparecidos cercano a la revista.

Digamos, finalmente, que el conjunto de cambios y transformaciones que traen estas revistas, *Crisis* especialmente, en realidad forman parte de un reacomodamiento ideológico, formal y temático más amplio, que afecta a casi todas las publicaciones periódicas y del que no escapan ni siquiera los diarios. Basta mencionar el *aggiornamento* de *Clarín*, su nuevo barniz populista, la nacionalización que va desde la página de historietas al suplemento «Cultura y Nación» (un nombre que supone toda una definición).

Aunque entre los diarios, el caso más claro de tal modernización es el de *La Opinión*. El diario de Jacobo Timerman sigue siendo considerado hoy como uno de los modelos de la época, y una gran parte de sus articulistas y redactores se convertirían en el tipo de periodista clave de los 70. Si bien hay en esta afirmación una intencionalidad que pretende opacar otros modelos culturales contemporáneos a *La Opinión*, no por eso deja de ser cierta la marca que dejó el diario, tanto por su búsqueda de zonas temáticas novedosas como por el modo «novelado» de muchas de sus crónicas, tanto por la original perspectiva de muchos de sus rescates como por la pátina deliberadamente snob que caracterizaba a algunos de sus colaboradores.

Al remozado *Clarín* y a *La Opinión* habría que agregar otros dos intentos diarios de menor duración y eficacia, como lo fueron *El Mundo* y *Noticias*.

Sabemos que reducir el campo de las propuestas político-culturales a sólo dos revistas es excesivamente pobre. Y no únicamente por la gran cantidad de publicaciones del mismo tipo que quedan al margen. En realidad, para tener un panorama más vivo del conjunto habría que preguntarse por los diferentes espacios sociales y políticos que vehiculizaron propuestas de ese tipo durante la década, desde folletos sindicales a periódicos partidarios (muchos de ellos específicamente dedicados al área «cultural») pasando por una serie de prácticas (cursos, grupos de estudio y reflexión, etc.) que no siempre dejaron testimonios escritos. Del mismo modo, cabría preguntarse por los puntos de contacto y contaminación con las publicaciones que hemos citado principalmente.

El difícil acceso a aquellos materiales (muchos de ellos destruidos o perdidos durante la dictadura) coloca dicha tarea de investigación fuera del alcance de estas limitadas observaciones. Quedan así latentes una serie de interrogantes en cuanto a los productores y consumidores posibles (y tam-

bién sobre el grado de elaboración) de propuestas político-culturales. Si el simple hecho de imaginar el público relativamente masivo o ampliado que alcanzaban publicaciones como *Los libros* o *Crisis* suena desde nuestro estrecho presente como algo extraño, con mucha más razón quedan fuera de nuestro análisis los proyectos más específicos o focalizados, como los motorizados por diferentes sectores de activistas o de base para, por ejemplo, un público esencialmente obrero, y sobre cómo habría que redefinir la función «intelectual» teniendo en cuenta tales coordenadas.

Queda, entonces, un hueco que a partir de la fragmentación y la destrucción que impuso la dictadura y de los «olvidos» que, con una política casi complementaria de la anterior, imponen los sectores político-culturales hoy dominantes, resulta muy difícil de llenar.

Algo similar podría decirse de lo ocurrido durante los primeros años de la dictadura, que borró de los medios masivos y los circuitos de acceso a un público amplio cualquier intento que le pareciera mínimamente alternativo o contestatario para su poder. Sin embargo, ya sobre septiembre u octubre de 1976, algunos partidos políticos comenzaban a hacer circular, en forma clandestina, sus materiales. Durante el año siguiente, se sumarían publicaciones de organismos de derechos humanos, reagrupamientos sindicales y estudiantiles. Si bien estos materiales tenían un carácter precario y trataban de cumplir fundamentalmente un papel de denuncia, reorganización y clarificación política, en muchos de ellos lo específicamente cultural tenía también un lugar. Se mantenían algunas viejas prácticas y comenzaban a surgir otras nuevas.

Un ejemplo de esas «novedades» puede encontrarse en los *affiches* y declaraciones de boicoteo al mundial de fútbol de 1978, llevado adelante por organismos de derechos humanos (Madres de Plaza de Mayo y Familiares de Detenidos-Desaparecidos por Razones Políticas) y agrupaciones políticas de izquierda. Las «viejas» prácticas se encontraban en cursos políticos, la edición clandestina y circulación de folletos y libros prohibidos por la dictadura, reuniones de lectura y debate de esos materiales, etc. Que en muchos casos dichas publicaciones no tuvieran la forma prestigiosa del libro, sino la grosera y borrosa marca del mimeógrafo o la fotocopia, la imposibilidad de llegar a un público amplio, la reclusión en grupos pequeños, ha impedido en muchos casos que esta actividad de resistencia y reagrupamiento fuera analizada, lo cual, claro, no niega su existencia, y mucho menos el hecho de que haya servido para abrir un cauce de manifestación y lucha aun en los momentos más duros del régimen militar.

Un fenómeno particular de este período lo constituyen las denominadas «revistas subterráneas» (por *underground*). La aparición de este tipo de revistas tiene una larga data, generalmente vinculada con diversas expresio-

nes juveniles, pero bajo la dictadura, en el lapso que comienza en los años 1978-1979, conocieron un período de esplendor.

Sus productores generalmente pertenecían a los sectores medios —estudiantes secundarios, en menor medida universitarios; filocologistas, pequeños grupos de poetas y escritores, estudiantes de periodismo, rockeros, militantes políticos, etc.—, las tiradas de sus revistas eran muy limitadas (un par de cientos, aunque algunas lograron crecer bastante), y el público consumidor prácticamente reflejaba —de un modo tan directo como el que permite el contacto personal— los intereses de los productores.

Hacerse la pregunta sobre la «calidad» de esos materiales (se trataba, por lo general, de artículos muy heterogéneos y desiguales) sería realmente inútil. El valor de las mismas radicaba en el simple hecho de su existencia, de servir a miles de jóvenes que se sentían asfixiados en sus posibilidades de realización y de expresión. En algunos casos, las propuestas tuvieron un sesgo más político, debido a su vinculación con los organismos de derechos humanos o —aunque fuera de manera indirecta— partidos políticos. Un espectro de revistas que va de *Etcétera* o *Alsur* hasta *Kosmos* (*periodismo alternativo*).

Las mejores revistas *subtes* llegaron a tener una venta en algún caso superior a los mil ejemplares, lo que les permitió un crecimiento tanto en lo atinente a su presentación material como a la calidad de su contenido. Del mismo modo, las publicaciones comenzaron a vincularse y crear coordinadoras mediante las cuales intentaron alimentar cierta hambre cultural a la que la dictadura negaba sustento. Así, por ejemplo, organizaron venta de libros prohibidos y facilitaron la publicación de gran cantidad de poetas y narradores noveles, auspiciaron ciclos teatrales, cinematográficos, musicales; mediante la copia casera difundieron casetes con música comercialmente prohibida (la trova cubana, el nuevo canto uruguayo, etc.). Aunque limitado, construyeron un pequeño mundo alternativo; y cuando éste desapareció muchos de sus habitantes volcaron el oficio aprendido en los territorios más tradicionales de los medios comerciales.

En los últimos años del proceso militar, cuando cierta «apertura» permitió que las publicaciones comerciales pudieran hacerse cargo de temas hasta ese entonces vedados al gran público, las revistas *subtes* comenzaron a desaparecer. Muchas de ellas se dirigieron hacia propuestas políticas más orgánicas o partidarias; otras sufrieron el vaciamiento que significó el «ascenso» de sus editores a las publicaciones de mercado; algunas simplemente se desvanecieron; pocas eligieron seguir un tiempo más.

En 1978 comenzó a salir la revista *Punto de Vista*, especie de heredera (al menos así lo dejaba entrever su *staff*) de aquella comentada *Los libros*. La revista, que no puede despegarse de su función como grupo de estudio